

Manuel Gómez Anuarbe

CAMINO A SANTIAGO
CON MITHRA,
PRISCILIANO
Y MAHOMA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA, N°17—
MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © MANUEL GÓMEZ ANUARBE

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: FEBRERO 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-57-0
Depósito legal: M-2729-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mi amiga Maribel Aldasoro, que me descubrió
el secreto y me impulsó a escribir este libro.*

Í N D I C E

PRÓLOGO	pág	9
JERUSALÉN Y ROMA	pág	13
EL SEPULCRO Y LOS CAMINOS	pág	25
EL DIOS MITHRA	pág	43
ASÍ HABLABA ZARATHUSTRA	pág	51
ALEJANDRO Y LOS DIOSES PERSAS	pág	64
LAS LEGIONES ROMANAS	pág	69
MITRAÍSMO Y CRISTIANISMO	pág	82
ÁNGELES CON ALAS Y ESPADA	pág	95
EL PELIGRO DE OTRAS RELIGIONES	pág	111
¿POR QUÉ CAMINO A COMPOSTELA?	pág	121
BIBLIOGRAFÍA	pág	135

PRÓLOGO

Fue a la hora del té, a esa hora incierta de la tentación a los santos. Ese día, no sé con qué motivo, mi amiga y yo empezamos a hablar de los romanos y enseguida surgió en la conversación el dios Mithra, al que los cristianos habían combatido con ahínco hasta conseguir eclipsarlo. Pero eclipsar la luz solar que representaba este dios no fue nada fácil, su resplandor nunca acabó de palidecer y resurgiría bajo las propias creencias de los cristianos.

Mi amiga estaba convencida de que la decisión de las autoridades eclesiásticas de crear en España un camino de peregrinación relacionado con los astros se había inspirado en el simbolismo del dios Mithra. A la competencia de este dios se habían sumado las disensiones dogmáticas que fueron surgiendo dentro de la propia iglesia cristiana, condenadas por heterodoxas, como fue el caso del arrianismo o el priscilianismo. Después llegaron los musulmanes con una nueva visión del mundo, ante cuyo peligro era inminente desarrollar un proyecto grandioso para exaltar las creencias de los fieles cristianos europeos.

El proyecto tomó forma de peregrinación con un destino mítico. Las peregrinaciones a Jerusalén y a Roma como destino sagrado constituían un magnífico ejemplo a seguir y, como en ellas, el Camino de Santiago incluiría una serie de etapas inspiradas en el Viacrucis, plagadas de mortificaciones y peligros. Así nació el Camino a Santiago de Compostela.

«El Camino» tuvo tanto éxito que pronto se convirtió en uno de los primeros itinerarios turísticos de la antigüedad. Desde su creación, el número de peregrinos no ha dejado de crecer, no solamente de fieles cristianos del mundo entero, sino de otras religiones, y el éxito continúa, incluso con la participación de ateos, que parecen buscar, en su penoso recorrido, un sentido a su vida.

En la mayoría de los casos, sin embargo, no queda más que el recuerdo de una aventura singular, sin efecto alguno. La creencia metafísica es esencial para lograr una transformación espiritual porque todo viaje iniciático es revelador de una realidad invertida: las plantas se hallan por encima de los animales y de los humanos porque solo les mueve la búsqueda de la luz, pero por debajo de los minerales, que simbolizan la suprema receptividad del influjo divino en su posición más humilde.

El culto a Mithra ya existía mucho antes del cristianismo. Era una religión que tuvo su origen en la India, trasformada y desarrollada más tarde por los persas y finalmente adoptada por los romanos. Mitraísmo y cristianismo convivieron y compitieron durante los albores del cristianismo hasta que, en el siglo IV, el edicto de Tesalónica cambió el destino de los seguidores de Mithra al proclamar Teodosio la religión cristiana como religión oficial del Imperio romano. Apenas unos años después, otro edicto, promulgado en Constantinopla, prohibió totalmente el paganismo, en cuyas prácticas, incluso privadas, se incluían tanto a los fieles seguidores de Mithra como al resto de los llamados paganos.

El peligro del resurgimiento de la religión de Mithra, sin embargo, continuaba existiendo. Los tiempos iban cambiando, pero la competencia religiosa se hacía cada vez más patente y encarnizada, al mismo tiempo que surgían disensiones dentro de la propia religión cristiana. La invasión de la península ibérica por los musulmanes, cuya expansión parecía imparable, supuso un gran reto para el cristianismo, consolidado ya por casi toda Europa.

Tras siglos de lucha política e ideológica contra el islam el proyecto de un Camino a Compostela se convertiría en la vía más famosa de peregrinación iniciática. En la lucha de los creyentes cristianos contra los musulmanes la ayuda espiritual de Santiago confirió al Apóstol un prestigio casi milagroso dentro y fuera de España. El sepulcro de Santiago acabó por convertirse en algo similar a la Kaaba para los musulmanes.

Sin embargo, la complejidad de ciertos hechos y mitos exige un relato, una narración donde quepan la paradoja y la contradicción, donde la lógica y la coherencia se encuentren necesariamente en segundo plano.

El descubrimiento de una tumba de antigüedad incierta como morada de un santo de exótica procedencia se convirtió en el lugar sagrado ideal como destino del camino. En esta ocasión no fue un pastorcito, sino un ermitaño, de nombre Paio, quien, sorprendido por unas luces o estrellas que iluminaban unas ruinas en el monte Libredón, informó del suceso al obispo Teodomiro de Ira Flavia, hoy Padrón, quien no dudó en identificarlas como los restos del sepulcro del Apóstol Santiago. La reliquia, como origen de tantos mitos, acababa de aparecer. Solo faltaba organizar la peregrinación en torno a ella.

La llegada milagrosa de imágenes o de cuerpos santos en navíos abandonados, en grutas o montes ha sido muy común en la tradición popular. La iglesia, desbordada por la fuerza de esa tradición, se vio probablemente obligada a aceptar esas leyendas que, en muchos casos, eran de contenido pagano. En el caso de las reliquias del Apóstol Santiago, sin embargo, ya se habían venerado en otros lugares de la *Hispania* de entonces.

La leyenda de la llegada del santo en una barca, de piedra según refiere la tradición más osada, no podía ser más que un suceso milagroso y el héroe de tan prodigiosa aventura tendría que haber sido, como el Apóstol Santiago, de una gran antigüedad y categoría. En la leyenda se cita incluso a sus discípulos Teodoro y Anastasio, quienes lo enterraron en tierras de Galicia, donde Santiago habría predicado con anterioridad. Suele ocurrir que lo fantástico no sea más que una parodia de algo más profundo, de características simbólicas. Como bien dice Schiller: *Solo lo que no ha ocurrido no envejece*.

Desafortunadamente, la leyenda no describe las vicisitudes de tan largo viaje en una barca con un cadáver hasta su llegada a Padrón. Sucede que cuanto más inverosímiles son las leyendas, más seguidores generan. Así eran vividos los mitos griegos. El fenómeno de Santiago se hizo real y

cobró sentido al ser integrado en el contexto de una *Hispania* medieval donde magia y religión actuaban de manera inseparable.

Los escasos templos dedicados a Mithra que existían a lo largo del Camino habían sido destruidos o, aprovechando sus piedras, se habían construido sobre ellos templos cristianos en un itinerario hacia un destino mítico como *Finis Terrae*, vinculado no solo con el extremo del mundo conocido, sino relacionado también con las creencias de un más allá tras un mar infinito.

El sol siempre ha gozado de un interés especial en Galicia, tanto por los pocos días en que se le ve irradiar con claridad, como por la tardanza y majestuosidad con la que va desapareciendo engullido por el mar, un fenómeno que a los legionarios romanos de Décimo Junio Bruto ya había dejado aterrorizados mientras ocupaban este inhóspito y terrorífico lugar de los confines de la tierra. Como símbolo del sol y de las fuerzas terrestres, Mithra era su dios, además de intermediario entre la tierra y el cielo, un dios defensor contra las fuerzas del mal.

A imitación de Mithra, los cristianos encontraron en Santiago al mejor paladín para combatir al enemigo musulmán, montado en un caballo blanco y con una espada en la mano, así como al arcángel san Miguel, representado con una coraza y una lanza matando al dragón o al demonio, como símbolos del mal, para que presidieran muchas de las iglesias del Camino. Así se enterró a Mithra y así renacieron Santiago y san Miguel.

El Camino de Santiago o, más bien, los Caminos de Santiago, son numerosos y, a menudo, aparece uno nuevo para promocionar regiones olvidadas. Si «todos los caminos conducen a Roma», esta máxima se podría aplicar también a Santiago de Compostela, un destino mítico a donde se puede llegar, no solamente por distintos caminos, sino de muchas maneras. De ahí la ambigüedad del título de este libro.

JERUSALÉN Y ROMA

Mirar al mundo de una manera distinta de la que se mira desde el lugar donde se ha nacido y adentrarse en una civilización diferente es una manera de transformarse, aunque no por ello se estrechen las relaciones con otras culturas, sino que puede incluso acelerar el antagonismo.

Las peregrinaciones han necesitado siempre de un lugar sagrado como destino, de un santuario como meta que se debe alcanzar caminando y aceptando todas los peligros y penalidades del viaje. En Egipto, en Persia, en Grecia y, en general, en todos los países de la antigüedad que abarcaban religiones tan dispares como el budismo o el islam, eran frecuentes las peregrinaciones a lugares sagrados, ligados a las poblaciones de origen por lazos religiosos, pero que se fueron convirtiendo en fenómenos sociales, culturales y económicos.



Santuario de Delfos



Santuario de Siwa



Santuario de Dídima

Hay destinos famosos como Delfos, otros menos conocidos, pero no por ello menos importantes, como el de Siwa, en el desierto libio, que impulsó a Alejandro Magno a desplazarse hasta allí para consultar al dios Amón o el que discurría por una vía sacra desde Mileto hasta el oráculo de Apolo en Dídima.

También el cristianismo tuvo su origen en una ciudad y en un lugar sagrado donde vivió y fue enterrado Jesucristo, su creador. Para sus seguidores, el Mesías podría ser simbólicamente considerado como un peregrino en su proceso de unión con la Trinidad.

Dante, en su *Vita nuova*, menciona tres categorías de peregrinos: los palmeros, que se desplazaban hasta los Lugares Santos de Jerusalén y volvían con palmas como recuerdo; los romeros, que lo hacían hasta Roma y los peregrinos que iban a Galicia «a la Casa de Santiago». Pero mucho antes que Dante ya había peregrinos durante siglos viajando por el mundo, principalmente a los Santos Lugares como destino principal, o para visitar las tumbas de mártires, apóstoles o confesores eminentes de la fe.

Siguiendo la tradición de hebreos y paganos, también los cristianos empezaron a realizar peregrinaciones, ya desde el siglo IV en adelante, con dos metas fundamentales: Jerusalén y Roma. La primera como lugar de origen de su religión y la segunda por ser su sede principal.

Jerusalén era la ciudad santa para los cristianos, pero también lo era para los judíos y musulmanes. Esta ciudad constituía «el ombligo del mundo», el centro del universo, y como tal se representaba en las iglesias, una convicción basada en referencias bíblicas, como las palabras de Ezequiel (5:5): *Esta es Jerusalén. Yo la puse en medio de las gentes y de las tierras que están a su alrededor.*

El rey David la había conquistado ya once o diez siglos antes de Cristo poniendo en su colina una fortaleza donde se guardaba el Arca de la Alianza y fue allí también donde Salomón hizo construir el primer templo, que Nabucodonosor destruyó en el año 587 a. C., al conquistar la ciudad,

deportando a los hebreos a Babilonia. Unos cien años más tarde, cuando Ciro permitió el regreso de los judíos a una Jerusalén devastada, un segundo templo fue erigido en el mismo lugar del anterior.

Con la llegada de los romanos, a pesar de las revueltas, el templo de Jerusalén fue lujosamente reconstruido por Herodes el Grande, pero la ciudad acabaría arrasada y su templo incendiado por el general Tito, hijo del emperador Vespasiano, en el año 70, unos años después de la muerte de Cristo.



Jerusalén

Como la historia de Jesucristo tuvo lugar en esta ciudad, íntimamente ligada a la del pueblo judío y a su religión, del que él mismo formaba parte, Jerusalén se convirtió en un mito en la mente tanto de judíos como de cristianos. Nada tiene de extraño que las primeras peregrinaciones de los cristianos se dirigieran a este lugar sagrado.

El término *peregrinus* se compone de *per* y *ager*, definiendo así a aquel que viaja *por el campo*, es decir, alejado de las poblaciones. Estos viajes *por el campo* a Jerusalén se iniciaron primero por territorios que bordaban las ciudades de los mares Tirreno, Jónico y Egeo, para expandirse posteriormente por todas las rutas posibles. No era tan importante el itinerario más corto como el recorrido por lugares con estímulos religiosos que iban señalando una ruta sagrada.

Cuando el peregrinaje a Jerusalén se hizo cada vez más frecuente se empezaron a publicar relatos y guías para informar a los peregrinos de los itinerarios, hospedajes y peligros del viaje. El *Itinerario desde Burdeos a Jerusalén* del año 333, es la primera guía que redacta un peregrino galo anónimo y, cincuenta años más tarde, la monja gallega Egeria añadiría información con su descripción del viaje desde Constantinopla a Jerusalén.

La tumba de Jesucristo, venerada por los cristianos primitivos, había permanecido oculta durante años para su protección hasta que el sitio fue descubierto de nuevo por el emperador Constantino gracias al impulso de su madre Elena, quien, según la tradición, identificó el sepulcro excavado en una roca bajo un templo de Adriano dedicado a Venus Astarté, donde habría hallado también el *Lignum crucis*. Así mismo, localizó el monte de los Olivos y la gruta de Belén que los romanos habían consagrado a Adonis, donde se levantaron tres basílicas de estilo bizantino.

Hace unos pocos años se hicieron unas excavaciones en este lugar, impulsadas por *National Geographic*, después de lograr el acuerdo de todas las autoridades cristianas que velan por su seguridad. No es difícil imaginar la



Excavaciones en el Santo Sepulcro

emoción de los arqueólogos ante la posibilidad de hallar en sus excavaciones los restos del cuerpo de alguien capaz de haber creado una religión y una cultura tan importante en el mundo como Jesucristo.

La tumba parece datar de la época de Constantino, según los arqueólogos, pero desgraciadamente no se encontró ningún cuerpo en su interior porque, según la hipótesis más probable, podría haber sido trasladado a otro lugar cercano. Es posible que Macario, obispo de Jerusalén, cuando hizo demoler todo cuanto cubría los lugares santos con la autorización del emperador, ordenara, por seguridad, trasladar el cadáver a otro emplazamiento. Pronto empezaron las peregrinaciones a estos lugares y muchos cristianos decidieron quedarse a vivir allí, como fue el caso de san Jerónimo y de algunas de sus discípulas que le siguieron desde Roma. La visita del emperador Teodosio y de los padres de la iglesia, Atanasio, Basilio y Gregorio Niceno, impulsó las peregrinaciones, favorecidas por el largo mandato de Justiniano (527-565).

Desgraciadamente el persa Cosroes II, aliado con los hebreos, saqueó los principales santuarios de Jerusalén e incendió la iglesia del Santo Sepulcro, posteriormente restaurada. Los peligros continuaron hasta que, en el año 638, Jerusalén cayó en manos del califa musulmán Omar. Desde su conquista la llamaron Al-Quds, la ciudad santa, por ser el lugar desde donde el profeta Mahoma, en compañía del ángel Gabriel, ascendió a los cielos montado sobre un caballo alado y donde fue erigido un santuario de madera, antecedente de la actual mezquita al-Aqsa junto a la cúpula de la Roca.

Durante siglos, los califas respetaron el culto de judíos y cristianos hasta la llegada del califa fatimí Al-Hakim. Fue entonces cuando empezaron las persecuciones, prohibiendo las peregrinaciones y ordenando la destrucción del Santo Sepulcro en el año 1009.

Los sucesores fatimíes de Al-Hakim permitieron la reparación de la basílica, el símbolo fundamental para que la cristiandad promocionara la

construcción de iglesias por toda Europa, pero el peligro de su existencia sirvió de pretexto para que el papa Urbano II impulsara la primera Cruzada en 1095. En este contexto de los peligros que acechaban a la cristiandad, se entiende mejor el éxito que tuvo desde su inicio la peregrinación a Santiago de Compostela.

Las cruzadas, que se sucedieron desde los últimos años del siglo XI hasta finales del siglo XIII, estaban concebidas como peregrinaciones armadas que incluían la oración ante el Santo Sepulcro como último objetivo. Se crearon órdenes militares a imitación de las musulmanas para la protección de los peregrinos, pero Jerusalén no consiguió la paz, debido en parte a las disensiones entre el poder eclesiástico y el civil. Finalmente acabaría conquistada por Saladino en 1187. De esta manera, Jerusalén se convertiría en el centro de la disputa entre las tres religiones monoteístas, unas fricciones que todavía los viajeros pueden sentir durante las peregrinaciones a sus respectivos templos.

El propósito de los peregrinos a Jerusalén consistía en sentir y experimentar los lugares por donde había transcurrido la vida del Mesías y para ello estaban dispuestos a toda clase de sufrimientos, incluyendo la pérdida de la vida. Los peregrinos, a imitación de Cristo, estaban dispuestos a sufrir las penalidades del viaje y los peligros de los ataques de los musulmanes, además de todo tipo de peligros inherentes al viaje con el fin de participar directamente en el drama que se representaba en las ceremonias eclesiásticas. Algo similar iba a suceder en Compostela, donde el protagonista sería el Apóstol Santiago.

La peregrinación constituía una actitud de aceptación de algo sagrado en la que participaban todos los cristianos, sin distinción de clases sociales, siguiendo las enseñanzas del Maestro. De todos los lugares de peregrinación el más importante era el Santo Sepulcro, el lugar simbólico por excelencia, curiosamente un lugar vacío de contenido físico, pero que quizás por eso, sustentaba metafísicamente la fe.